

C A P E R U C I T A R O J A

C H A R L E S P E R R A U L T

Ediciones **elaleph**.com

Editado por
elaleph.com

© 2000 Copyright www.elaleph.com
Todos los Derechos Reservados

Charles Perrault*

Caperucita Roja

Había una vez en una aldea una niña que era la más linda del mundo. Su madre estaba loca por ella y su abuela más loca aún. Esta buen mujer le mandó hacer una caperucita roja que le sentaba tan bien que en todas partes la llamaban Caperucita Roja.

Un día su madre cocinó y preparó tortas y le dijo:

-Ve a ver cómo se siente tu abuela, pues me han dicho que está enferma; llévale una torta y este tarrito de manteca.

* Charles Perrault nace en París en 1628. Desempeña diversos cargos administrativos oficiales: abogado del foro de París, empleado de la Recaudación de Hacienda bajo Colbert, inspector general de la Superintendencia de Construcciones y, finalmente, miembro de la Academia Francesa a partir de 1671. Hacia 1667 escribe *Le miroir ou La métamorphose d'Orante* y *La chambre de la justice d'amour*, de gran éxito en los salones. Interviene en la querrela entre los Antiguos y los Modernos, en favor de los últimos, y se granjea la enemistad de Boileau. Es autor de *Les hommes illustres qui ont paru en France depuis ce siècle, avec leurs portraits en nature*. En 1697 aparece la obra que le dio tanta popularidad: *Contes de ma mère l'Oye. Histoires ou contes du temps passé*. Es autor también de una comedia, *L'Oblieux*, y de un libro de memorias. Muere en París en 1703.

Caperucita Roja partió en seguida hacia la casa de su abuela, que vivía en otra aldea. Al pasar por un bosque encontró al compadre lobo, quien sintió muchas ganas de comérsela, pero no se atrevió a hacerlo porque en el bosque había unos leñadores. Le preguntó adónde iba, y la pobre niña, que no sabía qué peligroso es detenerse a escuchar a un lobo, le respondió:

-Voy a ver a mi abuela y llevo una torta y un territo de manteca que le envía mi madre.

-¿Vive muy lejos? -le dijo el lobo.

-¡Oh, sí! -dijo Caperucita Roja-, más allá del molino que se ve allá lejos, lejos, en la primera casa de la aldea.

-Bueno -dijo el lobo-, yo también quiero ir a verla; voy por este camino, ve tú por aquel y veremos quién llega primero.

El lobo se echó a correr con todas sus fuerzas por el camino más corto y la niñita se fue por más largo, entreteniéndose en juntar avellana: correr detrás de las mariposas y hacer ramos con las florcitas que encontraba.

El lobo no tardó en llegar a la casa de la abuela. Golpea: toc, toc.

-¿Quién es?

-Soy su nieta, Caperucita Roja -dijo el lobo disimulando la voz-; le traigo una torta y un tarrito de manteca que le envía mi madre.

La buena abuela, que estaba en la cama por que no se sentía muy bien, le gritó:

-¡Saca la clavija y la tranca cederá!

El lobo sacó la clavija y la puerta se abrió. Se arrojó sobre la buena mujer y la devoró en menos que canta un gallo, porque hacía tres días que no comía. Luego cerró la puerta y fue a acostarse en la cama de la abuela para esperar a Caperucita Roja que, poco después, golpeó a la puerta: toc, toc.

-¿Quién es?

Caperucita Roja, al oír la gruesa voz del lobo, primero sintió miedo, pero creyendo que su abuela estaba resfriada, respondió:

-Soy su nieta, Caperucita Roja; le traigo torta y un tarrito de manteca que le envía mi madre.

El lobo, suavizando un poco la voz, le gritó.

-¡Saca la clavija y la tranca cederá!

Caperucita sacó la clavija y la puerta se abrió. Al verla entrar, el lobo escondiéndose bajo el cobertor, le dijo:

-Deja la torta y el tarrito de manteca sobre el arcón y ven a acostarte conmigo.

Caperucita Roja se desviste y va a meterse en la cama, asombrándose del aspecto de su abuela en camisón. Le dice:

-Abuela, ¡qué brazos grandes tienes!

-Es para abrazarte mejor, niña mía,

-Abuela, ¡qué piernas grandes tienes!

-Es para correr mejor, hija mía.

-Abuela, ¡qué orejas grandes tienes!

-Es para escuchar mejor, niña mía

-Abuela, ¡qué ojos grandes tienes!

-Es para ver mejor, niña mía.

-Abuela, ¡qué dientes grandes tienes!

-Son para comerte.

Y diciendo estas palabras el malvado lobo se echó sobre Caperucita Roja y se la comió.

Moraleja

Vemos aquí que los niños -y sobre todo las niñas bonitas, elegantes y graciosas- proceden mal al escuchar a cualquiera, y que no es nada extraño que el lobo se coma a tantos. Digo el lobo, pero no todos los lobos son de la misma calaña. Los hay de modales dulces, que no hacen ruido ni parecen feroces o malvados y que, mansos, complacientes y suaves, siguen a las tiernas doncellas hasta las casas y las callejuelas. ¡Y ay de quien no sabe que estos melosos lobos son, entre todos los lobos, los más peligrosos!